



# LA VIGENCIA DE GARCIA MONGE

León Purhech

La vigencia de un hombre representativo exige claridad del pensamiento y de la acción. Todo pensamiento debe de tener, pues, los medios adecuados de su beligerancia. El secreto consiste en saber lo que se quiere y si se está en capacidad de hacerle frente a las tempestades que siempre desatan las ideas que tratan de desanar la pereza humana. El pensador, el novelista, el poeta, el escritor, no son sino tipos imaginativos que cuentan ideas y analizan subjetivamente pensamientos y hechos. Pero cuando a alguno de ellos se le ocurre vivir o hacer vivir a los demás mortales lo que se les clava entre ceja y ceja, las cosas cambian. Las gentes le prestan, por instinto, mucha atención a los seres que toman en serio las ideas y que un día pretenden demostrarles a sus clientes que la nariz está sobre la boca.

Este fue el drama de don Joaquín García Monge, un maestro de escuela que dio cuenta de que Costa Rica era una realidad y se empeñó en colocarla con

una nación en América Latina. El tico de fines del siglo pasado y de comienzos del que ahora se nos agota, nunca se había movido, ni mental ni físicamente, fuera de la Meseta Central. García Monge lo saca de su hueco conformista y confidencial. Su empeño era fantástico y, a su manera, revolucionario. Unos cuantos rieles herrumbrados apenas si estiraban su herrumbre a los banales del Caribe y a los manglares del Pacífico. Chatarra imperialista que inició la conquista del territorio costarricense que en 1975 ya está casi por terminarse. América Latina era un mundo tan lejano para los ticos como la Luna. Unos cuantos curiosos de lo exótico habían quietado sus inquietudes en Europa y los Estados Unidos. Al no más poner sus pies en la Avenida Central, vía civilizada de un pueblón de adobes, se integraban rápidamente a la rutina nacional y volvían a ser ticos de tomo y lomo, es decir, sus ambiciones naufragaban en un charco de aguas estancadas, sus conocimientos, que los habían acumulado durante sus viajes, se encharcaban, "mojaban el pelo", según la frase pesada de don Miguel Ferrer.

1975

# LA VIGENCIA DE GARCIA MONGE

Viene de la página 1

García Monge, hombrecito regordete, barrigón, de ojos movibles que seguían el ritmo de su andar de maestro que no sabe qué enseñar ni a quién enseñárselo, nació en las goteras de San José en 1881. Era un campesino de Desamparados, el pueblo exacto para este idealista auténtico que hizo su aparición en este mundo desamparado, como su Moto. Su vida fue sencilla y clara, honesta y siempre dispuesta a servir al prójimo. En las aguas del yurro donde abrevó su socarronería de buen tico, aprendió sus mañas de campesino de primera hornada y bañó su inteligencia que pronto vislumbró que más allá de la ciudad de San José, existían otras ciudades más despiertas y crecían otros hombres más despabilados que los que integraban la tribu nacional. Tuvo la devoción de la familia y gozó largamente de las tibiezas del regazo maternal. García Monge, para su dicha y la nuestra, nunca dejó de ser un campesino en un país en que todos, cual más cual menos, arrastran los terrores de la tierra. Pero García Monge fue un campesino de excepción. Desamparados era por entonces un dominio de cafetales, de frijolares, de milpas, de chayoterías. Este tico rústico es el producto de la reforma educativa de don Mauro Fernández. Con su inteligencia maliciosa, con su alma humedecida en las acequias de los cercos de su aldea natal, con su tenacidad de hormiga voraz, supo comprender el genio de su pueblo que se nutre de soledad, silencio, pobreza, abandonos y sumisiones. En la contemplación dolorosa de esas taras se halla la esencia de su mensaje tan tico. La universalidad del espíritu de García Monge le viene del acomodo de esta psicología rudimentaria al genio común de la raza. En todas las páginas que escribió resalta la tristeza y resignación que son los estigmas de un pueblo a quien se ha obligado a ser pacifista a fuerza de reducirlo a la pasividad.

Muy poco viajó García Monge por esos barriales que Dios creó y de los cuales se han apoderado los vivos para explotar mejor la obra del supremo hacedor. García Monge se hallaba a sus anchas en Costa Rica, a pesar de que protestaba todos los días contra sus limitaciones y mañas de país socarrón y supersticioso. Era el charco de sus peleas que mucho hicieron sufrir y reír al mismo tiempo a este hombrecito que era un humorista de altos quilates. Poseía, como buen humorista, la sabiduría de la ternura y la paciencia del perdón, siempre y cuando se respetaran la libertad y dignidad humanas.

García Monge hizo sus estudios superiores en Santiago de Chile. Fue en el Chile de Balmaceda, el presidente suicida de una nación en que los hombres públicos aún respetaban sus convicciones. Cuando García Monge hizo su viaje a Chile ya había publicado sus tres novelas juveniles que, hoy envejecidas, todavía poseen los encantos de la época en que las escribió. Además, son un testimonio de que el autor oteaba, con fino olfato, las literaturas de otros continentes, sin artificios ni ficciones. "El Moto" es el descubrimiento de una vena costumbrista, novela que tuvo el mismo destino que "Las Concherías" de Aquileo Echeverría y "Los Cuentos" de Magón: estas obras agotaron el tema costumbrista y no plantearon los problemas de la auténtica expresión literaria costarricense. García Monge es el

verdadero creador de la novelística nacional con el relato de la vida del desamparado de su personaje, el Moto. Luego se entusiasmó con el realismo de Zola y escribió "Las Hijas del Campo", fracaso literario del autor, a pesar de la ternura que se respira en sus páginas y de que en esta novela se plantea, por primera vez, la relación entre el campo y la ciudad costarricense. Es de una ternura socializante que se inspira en el socialismo fabiano. Luego se adentró en el mesianismo de Tolstói con "Abnegación". Con este relato se le agotó su inspiración novelística. Su obra posterior de ficción, de caracteres artísticos muy simples, los cuentos azorinescos "La mala sombra y otros sucesos", es una de las obras maestras de la literatura costarricense. Librito de madurez, de dolor y de descargo de conciencia.

Termina así la juventud de García Monge. En adelante aparece el maestro, en el sentido que Sarmiento le daba a esta palabra. Se refugia en su modesta casa de adobes de San José como un ratoncillo, provisto de unas tijeras, un pote de goma, unas cuartillas y un hacinamiento creciente de deudas. Este será un agujero erudito, más bien la terronera sin pretensiones donde se hizo fuerte la cultura nacional. Sencillez, trabajo, voluntad de poder, que decía Nietzsche, y una avidez desmedida de divulgar lo que los grandes hombres de todos los tiempos han pensado sobre los problemas humanos y no humanos. Vasto programa en un país de cafetaleros sin mayores ambiciones como no fueran las que les sugerían sus mentalidades cajueleras. García Monge se convierte en editor de diminutos tomitos que hace circular por todos los continentes. Son colecciones simples, muy bien cuidadas, de textos corregidos con esmero, que desempolvaban los viejos clásicos de la literatura castellana, en las cuales se publicaban también otras de eminentes escritores latinoamericanos y españoles hasta entonces desconocidos. Contemporáneo de José Enrique Rodó, el uruguayo generoso de todos los tiempos, García Mon-



ge inicia su labor tesonera con "La Colección Ariel". Se nota ya en esta publicación sus intenciones de una lucha por la libertad y la justicia, en una línea de un idealismo sin contaminaciones sospechosas, que serán el doble tema de la futura pelea de esta alma sin dobleces. Cuando está seguro de sus fuerzas, y tal vez entusiasmado por el desdén de sus compatriotas, inicia su tarea de publicista, de gran patrón del periodismo costarricense, de santo laico continental de un pensamiento que embiste perennemente para desperezar un pueblo conformista y remolón, fatigado de no hacer nada, corrompido por la política local, que ignora que a las ideas hay que descuartizarlas para saber si en verdad son ideas. Funda en 1919 "Repertorio Americano", bajo la advocación de don Andrés Bello, honra y prestigio de la mejor cultura latinoamericana. Nadie ha sabido nunca cómo hacía García Monge para mantener económicamente esta publicación milagrosa que perduró hasta la muerte de su fundador en 1958. No existe escritor de habla española de su tiempo que no publicara en sus páginas artículos en una lucha por el buen decir y el mejor pensar. García Monge mantuvo en sus páginas sus peleas ideológicas con sus compatriotas que le cobraron siempre la amplitud de su pensamiento, la liberalidad vital de sus embates y el desinterés de sus empresas humanas. ¿Cómo vivió y prosperó "Repertorio Americano"? Como viven y prosperan las gentes con dignidad: García Monge, sin esperar nada de nadie, lo hacía todo, desde corregir las pruebas de su periódico hasta entregar sus envíos en las ventanillas del correo. La suya era una empresa universal y unipersonal al mismo tiempo, un semillero de inquietudes en que el individuo, "in-dividuo", el que no se divide, trabajaba como las abejas de Montaigne. "Repertorio Americano" es la empresa más prodigiosa que ha realizado Costa Rica, es el cemento que ha endurecido a la nación, es el máximo mensaje del país, la verdadera pauta cultural de una casta de hombres que tuvo la suerte de contar con un maestro de la talla de este campesino de Desamparados, que comprendió tempranamente que los seres humanos lo son de verdad por el pensamiento. Definió su credo con estas palabras dignas de Martí: "El periodista de casta debe de cultivar la equidad. Como que el diario se funda para eso, para defender los intereses perdurables de la justicia y la libertad, bases políticas y espirituales de la patria. "Lucha contra las dictaduras, lastre corrosivo del continente, defensa de la libertad y la justicia. Andamos tras las huellas luminosas de Bolívar.

García Monge era un hombre dueño de sí mismo, optimista, regocijado, con un gran amor por los niños y los animales. Amaba totalmente a los hombres. Es el tema de su admirable colección de cuentos, "La mala sombra" Sentía compasión por las debilidades humanas. Nos parece verlo aún en la dirección de la Biblioteca Nacional, donde laboró largos años, de pie, apoyado en un escritorio de largas patas, escribiendo papelititos y mirando a través de unas gafas maliciosas. Nadie ha sabido nunca qué era lo que escribía en aquellos pedacitos de papel. Hombres como García Monge necesitan siempre o escribir y leer algo y hacer que los demás hagan otro tanto.

La última vez que lo saludamos fue en una calle de San José. Llevaba a una niña de la mano. Era su nieta que miraba con duizura a este abuelo de América Latina que habría de morir pocos meses después. Recibimos la noticia de su muerte en Europa y nos afligió por la orfandad en que dejaba a esta América nuestra tan plagada de dictaduras, de negocios turbios, de avideces materiales, de doctrinas en barbecho. Fue contra todo esto que peleó García Monge durante los largos 77 de su existencia, una existencia empapada en tinta de imprenta, de una conmovedora soledad, de una pobreza esencial, en medio de la infaltable ruidad humana que no le perdona a nadie que viva fuera de la chatez del espíritu. Nos queda el consuelo de que don Joaquín García Monge fue nuestro, muy nuestro, para batallar hoy y siempre por sus ideas que poseen la austeridad sencilla de un austero humanismo.